

de los instrumentos musicales inventados por los hombres, remedos sin duda alguna de los que causan las delicias de los bienaventurados junto al Solio del

En el desayuno todas gozamos con el obsequio que el Padre Director nos repartió como recuerdo de los Ejercicios; pero yo más que nadie, pues el obsequio consiste en una artística estampita de pasta trasparente á la que cubre una ancha tira de listón, que lleva impresa la fecha de ese día y mis versos, Julia, los versos que me obligó á darle el Padre Director.

La estampita era repartida conforme al papelito que íbamos presentando; á mí me tocó una Purísima, á quien le dediqué luego este cuarteto:

¡Qué dulces son las horas que á tu lado
Paso, tus gracias y tu amor gozando!
¿Cuándo, Señora, cuándo habré volado
Hacia tu alcázar sempiterno, cuándo?

.....
Imposible, Julia, me es imposible seguir escribiéndote; estamos en la Semana Mayor y hay mucho que hacer. Espera pronto la conclusión de mis cartas.

Tu amiga

ELVIRA.

Me habían pintado los Ejercicios de una manera tan exageradamente austera, continuó, que, la verdad, me espantaban; pero el año próximo pasado en-



VII

Durango, Abril de 1898.

Mi querida Julia:

COMO te digo en mi anterior, nada podrás satisfacerme de cuanto escribo con el fin de dar las últimas pinceladas al interesante cuadro que me he propuesto pintarte. No soy artista, pero sí, presumo que si al pintor le sucede lo que á mí en los últimos detalles de su pintura, mucho arriesga sin duda, puesto que si las últimas pinceladas no son propias y exactas, sino que por el contrario, resultan impropias y mal dadas, aunque halla partes dignas de elogio en el cuadro, el conjunto resultará defectuosísimo.

de los instrumentos musicales inventados por los hombres, remedos sin duda alguna de los que causan las delicias de los bienaventurados junto al Solio del

Mas, por ahora, ya no hay remedio, es necesario terminar aunque sea mal. Dios me ayudará.

• • •

El día siguió espléndido; las doradas nubecillas desaparecieron y á las ocho de la mañana, después del desayuno, descansábamos con más libertad para comunicarnos nuestras impresiones, bajo un cielo sereno y respirando un ambiente impregnado de la tierra húmeda de los jardines que había regado el jardinero, Neptuno de aquel delicioso albergue.

— ¿Cómo ha pasado vd. los ejercicios? me preguntó una señorita que revelaba el fuego de su alma en sus rasgados ojos.

— Perfectamente le respondí, ¿y vd?

— Yo, me dijo, estoy encantada.

— ¿Tenía vd. miedo de venir? la pregunté.

— No sólo miedo, me respondió, sino repugnancia también.

Me habían pintado los Ejercicios de una manera tan exageradamente austera, continuó, que, la verdad, me espantaban; pero el año próximo pasado entró una amiga mía, de carácter vivo, alegre, bulliciosa y decidora, y salió tan agradada y satisfecha, y además propagandista ferviente de los encantos de los Ejercicios, que fuí yo una de sus primeras conquistas.... Mírela vd., allí viene, voy corriendo á manifestarle mi gratitud por el bien inmenso que me ha proporcionado su consejo....

Mi interlocutora corrió y con ella otras cuatro señoritas á abrazar á la que veían como su bienhechora, que es una joven morena que revela en su continente nobleza, y corrección en sus modales, al parecer francos, sin afectación.

No puedes figurarte, Julia, cuánto me encantó aquel cuadro: el grupo de estas señoritas, que no pasan de tener de diez y ocho á veinte años, al abrazarse derramaban lágrimas tan puras ó

8

que no tienen el mismo sabor las lecturas fuera de los Ejercicios, que allí en el santo Retiro.

Cada una de las distribuciones que pasaba me arrancaba un profundo sus-

más que las gotas de agua que, temblando, se mecían sobre las yerbas del jardín que tenía ante mis ojos.... A mí se me rodaron algunas lágrimas ardientes, deteniéndose al caer sobre los pétalos de una rosa aprisionada entre mis dedos....

¡ Ah! si tú hubieras estado junta conmigo, también nos habiéramos abrazado estrechamente en esos momentos de purísima expansión; pero, sola yo, sin quien me comprendiera, sin alguien á quien poder hacer participante de mis dichas, muda y absorta en mis contemplaciones, busqué á Dios en el azul del firmamento, y á Él, todo bien y todo amor, le comuniqué cuanto sentía....

Casi arrobada en mis tiernas quejas me sorprendió el grupo de apreciables señoritas de que te hablo antes, y adelantándose hacia mí, la que era objeto de la gratitud de las demás tuvo la dignación de dirigirme expresiones de afecto y me ofreció su amistad y la de sus

— Yo, me dijo, estoy encantada.

— ¿ Tenía vd. miedo de venir? la pregunté.

— No sólo miedo, me respondió, sino repugnancia también.

compañeras, dándome todas sus nombres.

Faltaba un cuarto de hora para volver á la Capilla, y á la verdad que, en quince minutos, hablando de las bellezas de los Ejercicios, nos satisfacimos algo, comunicándonos los defectos que íbamos á corregir en lo de adelante y las virtudes que estábamos resueltas á practicar con la ayuda de Dios.

Las demás distribuciones del día fueron á las mismas horas que los días anteriores, y en cada una de ellas sentí mi alma cerca, muy cerca de ese cielo, esperanza de los buenos, consuelo de los afligidos y honor de los abnegados.

Cuando terminaban las distribuciones de Capilla este día, los aposentos y los corredores servían á las ejercitantes para escribir sus propósitos y tal vez algunos de los principales episodios de aquel Retiro. Si me hubiera sido fácil conseguir de todas estos privados escritos, juntamente con el permiso de co-

que no tienen el mismo sabor las lecturas fuera de los Ejercicios, que allí en el santo Retiro.

Cada una de las distribuciones que pasaba me arrancaba un profundo sus-

municarte lo contenido en ellos, de seguro que palparíamos con la mayor claridad, cómo los Ejercicios destruyen mil defectos y engendran mil virtudes.

Ya sabes que, por favor divino, mi devoción á la Santísima Virgen ha sido siempre si humilde, también ardiente; y si es cierto que aumentó en mí esta devoción sagrada cuando pequeña niña subía al altar de la Virgen bendita á ofrecerle flores en Mayo, hoy, Julia, mi amor á María ha crecido, y estoy propuesta á no dejar de rezar su rosario, no ya por frívolo pretexto, pero ni en el peligro, ni en la felicidad, ni en los tiempos de prueba.

Estoy convencida que sin la devoción á María, la mujer peligrá en su fe, en la pureza de sus costumbres, y carece de las fuerzas suficientes para no ser el juguete de su propia debilidad.....

.....
Sí, querida Julia, han pasado los Ejercicios, pero su recuerdo, más ó menos

— Yo, me dijo, estoy encantada.

— ¿Tenía vd. miedo de venir? la pregunté.

— No sólo miedo, me respondió, sino repugnancia también.

lo tal, que no sentí cuando á las seis sonó el timbre, llamándonos á la distribución.... Desperté al fin de mi arrobamiento, por que el zig-zag del rayo y el

vivo, no pasará de la memoria de todas, y estoy segura que el estudio que allí hicimos nos dará luz en las borrascas de la vida y nos levantará, cuando agobiadas por el peso de las pasiones ó de las penas, nos veamos en peligro de caer....

Mas me falta todavía hablarte de las últimas distribuciones del día de gloria y del día de acción de gracias. Si bien es verdad que de cada lectura me despedía con un sentimiento profundo de gratitud, de la de Santa Juana Francisca de Chantal no podría explicarte mis carifiosas afecciones. Al contemplar que el Padre Director no volvería á deleitar nuestros oídos con esta sabrosísima lectura, en medio de aquel religioso silencio, quería que las horas se prolongaran; porque pensé, y es cierto, que no tienen el mismo sabor las lecturas fuera de los Ejercicios, que allí en el santo Retiro.

Cada una de las distribuciones que pasaba me arrancaba un profundo sus-

municarte lo contenido en ellos, de seguro que palparíamos con la mayor claridad, cómo los Ejercicios destruyen mil defectos y encienden mil virtudes

piro, sellando así, sin duda, el vivo recuerdo que he conservado de ellas.

Pasó el refectorio del medio día, entre flores, alegrías y dulces expansiones. Vino la tarde y con ella los preludios del más hermoso de los momentos que pasé en los Ejercicios.

A las tres de la tarde comenzó á cubrirse el cielo de nubes y á soplar un viento fuerte que llegó en momentos á convertirse en vendaval. La tormenta se anunciaba y creí que el día, tranquilo y de apacible ambiente, íbase á convertir en tempestuoso. Un pensamiento me asaltó en esos momentos, que no dejó de angustiarme: así como el día, de tranquilo cambiaba en un instante en borrascoso, así como la bóveda azul del firmamento, donde brillaba un sol purísimo, de repente se ennegrecía con gruesos nubarrones, así mi pobre alma, en aquellos días tan dichosa, en un momento dado, fuera de allí, en el inmenso piélago del mundo, por donde cruzamos

lo tal, que no sentí cuando á las seis sonó el timbre, llamándonos á la distribución.... Desperté al fin de mi arrobamiento, por que el zig-zag del rayo y el

en navecillas frágiles, podría sumirse en la desventura y enlutarse con las negras nubes de la ingratitud y del olvido.....

El vendaval fué disminuyendo y las gruesas nubes, agrupadas hacia el SE., enviaron una lluvia de cristalinas y gruesas gotas de agua, que bien podían contemplarse desde que se desprendían de las nubes, pues el astro rey, próximo ya á su lecho, las hería con sus saetas de esplendorosa luz. Sucedió que el Poniente estaba un tanto despejado, y era de admirarse aquel preciosísimo fenómeno meteorológico. Nubes rizadas, hechas girones otras y todas las inmediatas á la puesta del sol teñidas de carmín; puestas en forma de blondas al rededor del gran planeta, parecía que le formaban un regio trono. En esos momentos apareció sobre nuestras cabezas un bellissimo arco-iris, con sus colores inimitables, recordándonos la paz que prometiera Dios á los libertados del diluvio.

municarte lo contenido en ellos, de seguro que palparíamos con la mayor claridad, cómo los Ejercicios destruyen

Me creí entonces sobre la cima del monte Ararat, y ví al Corazón de Jesús como el arca salvadora. Indudablemente, mi dulce amiga, en esos momentos se operaba en nosotras algo igual á lo que sucedió á Noé y á los suyos cuando el diluvio.

¿Acaso no estábamos nosotras allí convocadas para salvar á la piedad que se entibia, al fervor que se pierde, al bello sentimiento religioso que se adultera? ¿No estábamos allí para salvar nuestro sexo, que el mundo llama bello tal vez para corromperlo con más facilidad? En los momentos en que las bacanales del carnaval, en que los antros de prostitución envenenan el corazón de la pobre mujer, ¿acaso no estábamos allí nosotras para salvar el pudor, la modestia y la piedad, que son las tres gracias de que debe estar adornada el alma de la débil hija de Eva?

Julia, amiga querida, mi imaginación en aquellas circunstancias tomó un vue-

lo tal, que no sentí cuando á las seis sonó el timbre, llamándonos á la distribución. Desperté al fin de mi arrobamiento, porque el zig-zag del rayo y el ruido del ronco trueno me despertaron. La tempestad por fin se deshacía hacia el SE. y se alejaba de nosotras; pero no sin demostrar su furia, vomitando truenos y centellas. La nube que bien descubrirían mis ojos desde el corredor del segundo piso, era negra, muy negra en su fondo, pero en su vértice terminaba en blanquísimos y espesos copos, por donde se paseaba el rayo sin cesar.

El Padre Director me habló, diciéndome que ya había comenzado el Rosario. Bajé la escalera precipitadamente y me vino en estos instantes el recuerdo de la Divina Comedia; me creí en las mismas circunstancias de Beatriz al lado del Dante, paseándose primero por el infierno, con ansias de salir de aquellos antros horribles, y con deseo vivo de subir á contemplar el cielo.

siempre. Pensé en la noble mujer de Magdala, en la viuda de Nain, en la hija de Jairo, en fin, en todas las mujeres favorecidas por el amor santo de Jesús, y me encontré feliz, inmensamente fe-

Entré en la Capilla; el Rosario casi ya tocaba á su término, y la meditación, después de la lectura espiritual, vino á reanimar mi arrobamiento anterior.

Dirigí mis ojos hacia la imagen hermosa de María de Guadalupe, á quien procuro amar con todas las fuerzas de mi corazón, como mexicana que soy, y le hice esta súplica, que el Dante atribuye á San Bernardo, y que yo me aprendí cuando leía la Divina Comedia.

«Oh Virgen Madre! Hija de tu propio Hijo, la más elevada y humilde de todas las criaturas, término invariable de la voluntad eterna; Tú ennobleciste la humanidad, cuyo Autor no se desdennó de convertirse en su misma obra.

«En tu seno se inflamó el amor, á cuya llama germinó la voz de eterna paz. Tú significas aquí, para nosotros, un sol de piedad en su medio día entre los mortales, vivo raudal de esperanzas. Mujer, eres tan inmensa y poderosa,

modestia y la piedad, que son las tres gracias de que debe estar adornada el alma de la débil hija de Eva?

Julia, amiga querida, mi imaginación en aquellas circunstancias tomó un vue-

que el que pretende gracia sin recurrir á Ti, se propone elevarse sin alas.

«Tu magnanimidad no sólo atiende al que implora, sino que suele anticiparse á su demanda. En Ti reside la misericordia, la piedad, la munificencia y cuanto bueno pueda residir en la criatura; por esta razón, el que desde los abismos del universo hasta aquí vió una en pos de otra las existencias de los espíritus, te ruega le otorgues la indispensable fuerza para alzar su vista al Supremo Bien.»

Para no ver la luz ni objeto alguno extraño á mi deseo de entregarme á la contemplación del cielo, me cubrí los ojos y me arrodillé.

Las delicias de la oración se rehusan á la facilidad de ser descritas; sólo te aseguro que lo que ví está más allá de ese sol que dora las nubes y de ese rayo que desata la tempestad.

Al caer de rodillas recordé estas palabras de Beatriz, en el Canto vigésimo-

siempre. Pense en la noble mujer de Magdala, en la viuda de Nain, en la hija de Jairo, en fin, en todas las mujeres favorecidas por el amor santo de Jesús, y me encontré feliz, inmensamente fe-

moprimero de la Divina Comedia: «Estamos ya en el séptimo esplendor . . . Pon tu espíritu al lado de tus miradas, y convierte tus ojos en espejos para la imagen que en ellos se va á reflejar. . .»

De repente la voz pausada y conmovida del Padre Director hirió dulcemente mis oídos; me descubrí los ojos y me encontré en un mar de luz y frente al Sagrario abierto, descubriéndose el Sagrado Depósito velado en el Copón con una tenue gasa de tela de oro. El Padre Director, señalando hacia el centro del Sagrario, dijo: *«Hé aquí al Cordero de Dios; hé aquí al Corazón divino de nuestro Maestro y Redentor Jesús. Él es quien ha descendido en este sagrado recinto hasta el fondo de vuestros corazones, y Él es en quien se miran, como en un espejo, vuestras conciencias. Espera vuestros propósitos; está atento á escuchar vuestras promesas. Habladle, hoy que teneis vuestras lámparas encendidas, y reclinados en ese amante Corazón,*

modestia y la piedad, que son las tres gracias de que debe estar adornada el alma de la débil hija de Eva?

Julia, amiga querida, mi imaginación en aquellas circunstancias tomó un vue-

estuvo rumbosa, y durante el día muchas señoras y señoritas que no pudieron tomar los Ejercicios, fueron á pasar con nosotros las últimas horas de la tarde.

que con ardor inmenso desea permanecer unido á vosotras hasta la consumación de los siglos. Haced vuestros propósitos. Él os escucha. . . .»

No sé de qué medio se valdrían los grandes pensadores para poder expresar, aunque fuera de una manera vaga, lo que yo sentí cuando el Padre Director acabó de hablar.

La presencia real de nuestro Señor Jesucristo en el augustísimo Sacramento del Altar, es todo un cielo; pero un cielo adonde no penetran sino los ojos de la fe y en donde se estrella el mar de la elocuencia del hombre limitado, muy limitado en sus conocimientos.

Yo pensé en la Samaritana, y ví á Jesús dándonos del agua que sacia para siempre. Pensé en la noble mujer de Magdala, en la viuda de Nain, en la hija de Jairo, en fin, en todas las mujeres favorecidas por el amor santo de Jesús, y me encontré feliz, inmensamente fe-

moprimero de la Divina Comedia: «Estamos ya en el séptimo esplendor . . . Pon tu espíritu al lado de tus miradas, y convierte tus ojos en espejos para la

liz ante aquella fuente perenne de bendiciones y de gracias.

Jamás me había parecido tan bello altar alguno; y creo bien que si tú hubieras estado allí, en las mismas circunstancias que yo, afirmarías que en aquellos momentos el altar humilde de la Capilla que Durango ha consagrado al Sagrado Corazón de Jesús, excedía en hermosura á los que te deslumbraron en Europa.

El Padre Director arrodillóse unos minutos mientras hacíamos nuestros propósitos. El silencio era solemne y la majestad de aquel acto arrobadora. No era posible dudar que allí estaba el Dios-Amor, apoderándose por completo de nuestras almas.

Siguió el Sermón, y como si nuestros ojos necesitaran del impulso de la palabra divina para convertirse en torrentes de lágrimas, estas se desbordaron y humedecieron el pavimento del Templo sagrado

estuvo rumbosa, y durante el día muchas señoras y señoritas que no pudieron tomar los Ejercicios, fueron á pasar con nosotros los últimos momentos de

Nadie, ninguna de las ejercitantes quería ser la primera en salir de aquel jardín de delicias inefables. El Padre Director nos esperó para felicitarnos, y al acercarnos, agradecidas, á recibir su felicitación, ninguna pudo articular palabra, porque el llanto nos embargaba á todas.

Después de que pasaron estos momentos de belleza y satisfacción indescriptibles, pasó también la cena, y del refectorio salimos con toda libertad á comunicarnos, las unas y las otras, nuestras impresiones.

Como el cielo se presentaba completamente despejado, la luna próxima á su primer cuarto menguante, pudo subir con toda la majestad de reina de la noche, sin estorbo alguno, ostentando su argentada luz y reflejándose en los ojos de las ejercitantes, humedecidos todavía por el llanto, como se refleja en la fuente cristalina.

Contando ya, como te he dicho antes,

moprimero de la Divina Comedia: «Estamos ya en el séptimo esplendor . . . Pon tu espíritu al lado de tus miradas, y convierte tus ojos en espejos para la

con algunas amigas, ellas y yo, á la luz de la luna, pasamos un largo rato sobre la azotehuela del refectorio, comunicándonos nuestros deseos. La más entusiasta de mis nuevas amigas me instó á que le manifestara lo que más deseaba en aquel instante, á lo que cedí, no sin pedir á todas disculpa, porque les iba á manifestar mi deseo en unos versos que son el final del prólogo de un pequeño drama religioso que yo conozco y que lleva por título «Sara» ó «Un Viaje á Belén,» y que tú, querida Julia, conoces también; ¿los recuerdas? Te los voy á escribir para que los recuerdes mejor:

Ahora de un ángel quiero con anhelo
Sus blancas alas, y cruzar veloz
Región divina, remontando el vuelo
Hasta llegar á la mansión de Dios.

.....
El día siguiente fué dedicado todo entero al culto del Divinísimo Señor Sacramentado. La orquesta de la Misa

estuvo rumbosa, y durante el día muchas señoras y señoritas que no pudieron tomar los Ejercicios, fueron á pasar con nosotras las últimas gratas horas de aquel Retiro, y con esto la Capilla no estuvo sola ni un solo momento.

En la comida reinó la más viva cordialidad, sirviéndonos de vino el néctar delicioso de sentimientos purísimos que se desbordaban de nuestros corazones. Yo recorrí las tres mesas que ocupaban cerca de ochenta personas, y en todas no escuché sino expresiones de la más sincera gratitud y de alegría inmensa.

Siento, querida amiga que, según la última que me escribes, no puedas venir á Durango, porque tu matrimonio se verificará muy pronto. Eres muy buena, y Dios bendecirá sin duda tu enlace; pero si hubieras tomado los Ejercicios antes de casarte, de seguro que con más solidez y con mayor atención habrías dado el paso más formal de tu

no comprender, que los ejercicios espirituales tienen «partes que estremecen, porque llevan el rugir de la mar agitada cuando amenaza la tempestad.» Y cómo no comprenderlo cuando al en-

vida. Creeme, dulce amiga, los Ejercicios forman el corazón de la esposa, preparan en el crisol de la virtud á la madre y revisten con una coraza de firme abnegación á la mujer que emprende la ingente lucha con las vicisitudes de la vida, y sobre todo á la que pone su felicidad, las más veces, en manos del hombre que conoce sólo superficialmente. Ya me comprendes, ¿verdad, amiga mía?

El día de acción de gracias por fin tocó á su término. Pasó el Rosario á toda orquesta, el último Sermón del Padre Director y como final el *Te Deum*. Después de cubierto Nuestro Amo, las ejercitantes empezaron á salir pausadamente de una en una, demostrando en sus semblantes el dolor que les causara separarse de allí. Yo ví desfilar á todas, y observé que dirigían á la sagrada Imagen del Corazón de Jesús una mirada tierna, con los ojos preñados de lágrimas. Seguro que le pedían,

.....
 El día siguiente fué dedicado todo entero al culto del Divinísimo Señor Sacramentado. La orquesta de la Misa

como yo le pedí en aquellos instantes, valor en el combate y su auxilio en los ataques de los enemigos, que nos esperaban en medio del bullicio adonde nos volvíamos

Todo el jardín, el corredor y los aposentos estaban llenos de parientes y amigos de las ejercitantes. Yo procuré que no me encontraran P. y L., que me buscaban con avidez, escondiéndome perfectamente, y desde un ángulo de una de las azotehuelas, ví que una grande hilera de carretelas, situadas en las calles Mayor y en la 1.^a del Sagrado Corazón de Jesús, iban siendo ocupadas por mis compañeras de Ejercicios.

El ruido de los coches, que partían uno por uno, fuese amortiguando poco á poco; después un profundo silencio me indicó que todo había terminado. Bajé y penetré á la Capilla, y me quedé allí un rato mientras un mozo volvía trayéndome una carretela.

El chisporroteo de la lámpara que se

no comprender, que los Ejercicios espirituales tienen «partes que estremecen, porque llevan el rugir de la mar agitada cuando amenaza la tempestad.» Y cómo no comprenderlo cuando al en-

apagaba por falta de combustible, me hizo estremecer, y pensé en la facilidad con que en el mundo podíamos perder el bálsamo recogido, las ejercitantes que tan pocos momentos hacía ardíamos allí mismo en amor divino. . .

Salí por fin. . . . Hoy me sustenta el dulce recuerdo de tan bellos días, y entre suspiros que brotan del fondo de mi corazón, con mucha frecuencia canto:

Corazón Santo,
Tú reinarás.

¡Adiós! querida Julia, ¡adiós! sabe que nunca te olvida quien desea para ti todo bien.

Tu amiga

ELVIRA.



.....
El día siguiente fué dedicado todo entero al culto del Divinísimo Señor Sacramentado. La orquesta de la Misa



CONTESTACION DE JULIA

Mi amadísima Elvira:

DESCIENDO de la altura tan bella como desconocida á que insensiblemente me ha llevado la lectura de las interesantes y preciosas cartas con que tu fraternal amistad me ha favorecido, para. . . no diré cumplir con el deber, sino disfrutar el desahogo de contestártelas; desahogo que siempre será incompleto, pues desgraciadamente no todo lo que el corazón siente lo puede la palabra expresar; y es mucho lo que tus encantadoras cartas me han hecho sentir.

Para que mi contestación estuviera

no comprender, que los Ejercicios Espirituales tienen «partes que estremecen, porque llevan el rugir de la mar agitada cuando amenaza la tempestad.» Y cómo no comprenderlo cuando al en-